

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS
G R A N A D A

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. D. EMILIO DE SANTIAGO SIMÓN

EN SU RECEPCIÓN ACADÉMICA

Y

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON IGNACIO HENARES CUÉLLAR

EN LA SESIÓN PÚBLICA CELEBRADA EN EL
SALÓN DE CABALLEROS XXIV DEL PALACIO
DE LA MADRAZA EL DÍA 27 DE NOVIEMBRE



G R A N A D A

1997

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS
G R A N A D A

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. D. EMILIO DE SANTIAGO SIMÓN

EN SU RECEPCIÓN ACADÉMICA

Y

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON IGNACIO HENARES CUÉLLAR

EN LA SESIÓN PÚBLICA CELEBRADA EN EL
SALÓN DE CABALLEROS XXIV DEL PALACIO
DE LA MADRAZA EL DÍA 27 DE NOVIEMBRE



G R A N A D A
1997

Depósito Legal: GR. núm. 241 - 1982

GRAFICAS DEL SUR, S. A. — Boquerón, 6 — Granada

DISCURSO

del

ILMO. SR. D. EMILIO DE SANTIAGO SIMÓN

Excmo. Sr. Presidente,
Sra. y Sres. Académicos,
Sras. y Sres.:

Difícil trance este del inicio. ¿Cómo expresar fielmente el sentimiento que ahora me embarga? ¿Qué palabras elegir para dejarme ver los recovecos del alma por quienes las escuchan con atención amable?

Aseveraba la Santa carmelita de Avila que era «humildad andar en verdad». Aquí, entre vosotros, experimento en estos momentos una sensación que en gran medida se explica con aquella teresiana definición de la modestia. Y es que realmente no me hallo tranquilo de conciencia en este estrado. Algo, con insistente reclamo, me hace recordar mis merecimientos escasos hasta lograr inquietarme. No es —puedo fiároslo— que trate yo ahora de poner en juego martingalas de retórica al uso (por cierto antañonas ya y un tantico efectistas), o simule fingir cortesés melindres que nunca supe gastar. Muy al contrario, me limito a evidenciar, espontánea y públicamente, realidades que afloran desde el más profundo centro de mi ánimo. Por ello, y porque soy consciente de la enorme generosidad

que me mostráis recibíendome como uno más de vosotros en esta Casa, no se me ocurre cosa mejor para corresponderos que, sin grandilocuentes arpegios ni galanuras añadidas, deciros: gracias, cordialmente a todos muchas gracias, en especial a D. Manuel Orozco Díaz, D. Ignacio Henares Cuéllar y D. José García Román que, en su día, firmaron mi propuesta como candidato a individuo de número de esta Real Academia.

Pero, antes de entrar más de lleno en materia de lo que vengo a hablaros, quisiera, pues que la ocasión lo propicia incluso como norma protocolaria, hacer una semblanza breve de mi antecesor en la plaza que voy a ocupar en esta Corporación ilustre: Fray Darío Cabanelas Rodríguez, o.f.m., Catedrático de Lengua Árabe de la Universidad y Miembro del Patronato de la Alhambra.

Acaso con mi *laudatio* no añada un ardite a lo que ya de sobra conocéis acerca de las cualidades humanas y científicas de este gallego trasplantado a tierras granadinas por opción propia. No obstante, creo deber de riguroso y grato cumplimiento por mi parte destacar, en el conjunto de su producción intelectual, la tenaz labor de estudio e interpretación de algunos singulares aspectos del *corpus* epigráfico de la Alhambra. Sus siempre bien documentadas investigaciones han arrojado mucha luz sobre antiguas problemáticas de iconografía, cuyo tratamiento, ayuno de aportaciones tan acertadas como la suya, habíase tornado tópico, cuando no incongruente y absurdo.

Los serios trabajos salidos de su pluma sientan bases, bien enraizadas y sólidas, para ulteriores planteamientos metodológicos centrados en la específica funcionalidad de la epigrafía alhambrena. Sin vacilación de ninguna clase, puede decirse que el hermético y bellissimo poemario árabe

derramado por tanto muro, fuente, alero o taca del alcázar regio de los Nazaríes cuenta ya, a partir de la erudita aportación del Prof. Cabanelas, con un recio y erguido palenque desde el que poder contemplar, con esperanzado aliento, los misteriosos sesgos de los grafismos nasjíes y cúficos e ir desentrañando de su tuétano poético, especialmente lo que se refiere a la función iconológica y documental que desempeña un importante cometido en la trama del conjunto de la arquitectura áulica.

Pero la más alta cota —valga aquí la ambivalencia semántica de los términos— de sus estudios, la alcanzó este docto y paciente franciscano con la interpretación formal y simbólica del techo de Comares. La acertada apreciación analítica de los numerosos elementos que se constelan en esta imponente armadura, y su misión alegórica vinculada a dogmas de la escatología musulmana pone de manifiesto los conocimientos filológicos, islamológicos y técnicos que su autor poseía.

Hace apenas unos años, escribía en la necrológica que le dediqué en *Miscelánea de Estudios Arabes y Hebraicos* (XL-XLI, 1991-1992, fasc. 1, pp. 7-9), siendo yo a la sazón director del fascículo árabe de esta revista —cargo que también Fray Darío ocupó mucho tiempo— estas palabras que reproduzco a continuación: «En él todo se revestía de la singularidad prudente, silenciosa, casi litúrgica diríamos, de algo cuyo cumplimiento hubiera de ser inexorable en su perfección; de ningún modo improvisado o superfluo. Pertenece, pues, a una de esas —cada vez más raras y escasas— especies profesoriales cuyo cometido representa una modalidad discreta de la diaria entrega, de la paciente labor de la siembra. Comedido, observador, inalterable exteriormente, tenía ribetes de un cierto aire oriental. Su talante, como estático e impertérito, desusado en estas

latitudes meridionales del nervio pronto y del albur como norma, lo hacía, a la vez, atractivo e impenetrable, mas siempre curioso.

Era un arabista de «los de antes» (jamás lo llamaría de la vieja escuela. El epíteto se me antoja despectivo: hay formas de elaborar los saberes que, por fortuna, carecen de fecha de caducidad). Quiere esto decir que era un asceta del estudio, apartado en esa extraña ínsula del anaquele de la librería, de los manuscritos y de los diccionarios (la seducción por la tecnología cibernética todavía no lo había encantado). Por ende, por esa su vinculación con los maestros venerables, por pertenecer a esa especie en vías de extinción del paisaje científico finisecular del arabismo hispano, su espectro temático en materia de trabajo fue amplio y aun heterogéneo [...] Todo lo abordó con idéntica y profunda claridad, con un rigor distendido y didáctico, como si de sus lecciones en el aula se tratara».

Luego de esta apenas esbozada consideración personal de urgencia, habréis podido comprender por qué, nada más comenzar, aludí confiado y seguro a la máxima de la Mística Doctora que se me antoja apropiadísima al caso. Mi modestia real, mi sentida humildad derivan sencillamente de una elemental interrogante que se yergue poderosa en mi intramundo: ¿Sabré, por fortuna, estar yo a la altura de las circunstancias y relevar en los quehaceres académicos a tan eminente arabista? Lo ignoro, en principio. No sé por tanto qué prometeros hoy al recibir la medalla número 6 de esta Corporación bicentenaria, distinción que también llevarán en su día numerarios de la categoría de Seco de Lucena Paredes, Palanco Romero o Cendoya Busquet, entre otros. En cualquier caso, casi sin poder evitarlo, me viene a las mientes, en este momento de innegable zozobra aquel verso de Virgilio que sirve de alivio y descarga a mi agobio presente:

Alaba las grandes haciendas, pero cultiva una pequeña.

(*Geórgicas*, 2, 412)

Y aún, sin salirme del registro temático en que se situara mi recordado predecesor al llevar a cabo cometido idéntico al que me tiene aquí ante el ambón del estrado, seguiré sus huellas e insistiré en temáticas relacionadas con la Alhambra; a pesar de que ni el asunto por mí elegido sea parecido al suyo (sólo ocasiones habrá que lo roce en esguince) ni mi personal capacidad ande al parejo de la suya, densa y enriquecedora.

Inmediatamente, paso a hablaros de un tema híbrido de palpitante actualidad y de antiguas ideas que me asaltan con frecuencia, cuando intento explicarme mucho de lo que he ido viendo, ya con ojos de présbita, en este tiempo reciente o en la ya pretérita órbita de mis lecturas y recuerdos; me alejo, miro y pienso, y mi interés y mis meditaciones se tornan, a veces, recurrentes como las undosas e insistentes espumas de la mar poética de Valéry.

LA ALHAMBRA DE EMILIO GARCÍA GÓMEZ

(TRAVESÍA NÓMADA DESDE OTRO TIEMPO)

Estaré en la creencia, mientras nadie me convenza de lo contrario, que una misma realidad artística, sea ésta de la índole que lo fuere, puede ser vista y juzgada, apreciada y definida conforme a los efectos que tienda a producir en las distintas sensibilidades que la observan, que la viven, o incluso —a veces acontece— que la sueñan, convirtiéndola en el objeto, rutilante u oscuro, de valoraciones que, desde los más sutiles y exactos análisis estéticos, pueden

despeñarse hasta las tan peligrosas vaguedades de las entelequias y de las fantasías subjetivas, frecuentemente mediocres o espurias. Quiere esto decir que, como muy bien ha insinuado M. Zambrano al hablar de pintura, «Todo icono [toda criatura de Arte podríamos añadir nosotros con una intencionalidad más dilatada] pide ser liberado, porque toda forma es una cárcel, pero es la manera única en que en este mundo que vivimos una esencia se conserve sin derramarse —la palabra es también forma que apresa y oprime—. Saber mirar un icono es liberar esa su esencia, traerla a nuestra vida, sin destruir la forma que la contiene, dejándola al mismo tiempo allí; es difícil y necesita entrenamiento...».

Pues que la meta que me he impuesto no es otra que la de una errabunda y peculiar incursión por territorio tan sugestivo cual constituye la aproximación vívida y curiosa a la Alhambra de Emilio García Gómez —y cuando digo esto, entiendo que lo que intento llevar a cabo dista mucho de ser mera arqueología sentimental—, me parece oportuno esgrimir algunas cuestiones introductorias a modo de perfiles argumentales. Por eso, me he valido de la previa digresión orientadora y de la oportuna cita cargada de sabio conocimiento estético de la genial filósofa andaluza. También por este motivo vertebrador, propiciaré el arranque envolvente de una idea que enseguida acudirá y que constituye, no sólo una plataforma de lanzamiento de mis palabras en su globalidad, sino, asimismo, casi un *leit motiv* incidental y peraltado de ellas.

No obstante, en cierta medida, me doy perfecta cuenta que si he de proceder con el ritmo y la cadencia adecuados, se me hace muy preciso no tener por menos que aludir al texto que despertó en mí el interés vivo de muchas consideraciones y que, decididamente, me sedujo a la hora

de optar por la materia sobre la que había de escribir. (Va de suyo que ni un segundo dudé que ésta estaría vinculada, en la forma y modo que lo fuese, al bermejo alcázar de los Nazaríes a cuyo estudio e investigación llevo entregados mis años de juventud y el umbral de mi madurez).

Constelaciones diversas de circunstancias cuya explicación puedo ahorrarme, me han llevado a centrar el objetivo de mi intervención preceptiva del acto que nos reúne en trazar, al igual que el pintor pergeña su apunte preparatorio para realización más completa y posterior, un bosquejo ágil e incisivo sobre la figura, difícilmente repetible, de un «hijo de la Alhambra», erudito, sensible, genial, en la relación, adhesivamente filial y prolongada en el tiempo, de éste con aquella. Algo, a mi entender, en extremo orientador y pletórico de eso que una poeta, por más señas granadina y *elenamente* triste, llamó «la belleza del ser tan desvelado de aventura». Pues bien, voy allá con el texto inspirador al que líneas atrás aludía y, más tarde, teniendo presente otras ideas o a través de su contraste, mostraré la validez imperecedera y aleccionadora que para el convulso, cuando no perturbado e indefinido, presente tienen los planteamientos otrora expuestos por García Gómez, así como su visión clara e inteligente de una armonía de artes, de una magia alhambreña que fluye desde lo más remoto de su generadora esencia primitiva y que, ¡ay dolor!, acaso estemos perdiendo para siempre con nuestra imperdonable desidia. No parece exageración derrotista insinuarlo aquí, sobre todo si paramos mientes —sin iracundia ni hiel, mas con sentido— y avistamos hacia qué vacío desbarra el afán alocado y confuso de tanta intervención arquitectónica insensata que ante nosotros, espectadores de hogaño, desfila impune y nunca huérfana ni desprotegida de los plurales intereses creados.

Don Emilio, en las brillantes páginas que abren paso al delicioso ejercicio de poesía en prosa que representa su *Silla del Moro y Nuevas Escenas Andaluzas*, nos ha dejado escritos estos párrafos: «Todo quiere ser reflejo de aquella deliciosa Alhambra que yo viví; de sus pobladores; de sus visitantes extranjeros y moros; de las reacciones que provocaban en nosotros sus monumentos y sus jardines; aquella Alhambra en que vivía Falla y por la que paseaba con frecuencia Federico García Lorca. Porque aquella Alhambra nuestra tenía un espíritu, que ha desaparecido para ceder el paso a otro diferente, y que alguno de nosotros tenía el deber de describir». Apenas resulta difícil apreciar la sentida nostalgia que estas palabras rezuman. Un dolor entrañan que se escora hacia lo inmediato afectivo, es obvio, pero que más parece ser antesala y premonición certera de pesares que luego tendrán que llegar en el transcurso de los años. Tampoco, suenan con exclusividad a lamentación estéril, sino, más bien, parece que debiéramos interpretarlas como profética advertencia contenida, abridada quizá por la sabia prudencia del maestro.

Es cosa sabida que el ayer no vuelve ni se repite, nadie puede ser tan ingenuo o destarificado como para imaginarlo siquiera; las palabras de la cita que hace nada oíamos muy lejanas están, por su cordura, de sugerirlo. La cuestión es muy otra y no se adereza, pues que lo haría pobremente, con el abalorio literario, tan manido, tan untuoso y gastado de la mitificación gratuita de cualquiera tiempo pasado. Van los tiros por otro lado. Y este lado no es sino aquel que ve posible la convivencia de todo, «lo real y lo ideal» —como creyese Juan de Valera al evocar Granada—, sin menoscabo de nada, sin tener que dar cabida al lamento sobre lo irreversible: es el aprisco a recaudo donde la historia pasada deja complacida arredilarse al presente, pero sin sobresalto, con la holgura que otorga el

respeto mutuo. Jamás sufriendo la afrenta onerosa de los *parvenus*, su ignorancia y su consabida osadía.

Gira todo el parlamento que sigue en torno a la premisa nuclear y básica del indefectible fluir de la realidad vivida y —¡terrible paradoja!— su «aprisonado» estatismo en el vario paisaje de la memoria. Simple pugna dialéctica de contrarios, con la que nos es dado proyectar haces de luz desveladora sobre ángulos oscuros u olvidados, aunque, necesariamente, ya quien haya de manejar los virtuales focos iluminadores, por razones obvias de cronología y de otros arrequives que a nadie se le ocultan, no sea ya uno de los tertulianos de aquel círculo alhambreño irrepetible. Por caprichoso azar de la invasora realidad soberana, es alguien venido después, mucho después. Un amigo menor, un discípulo tardío y como impensado, vinculado a la parroquia de tan notables personajes, con mayor o menor incidencia, por los lazos poderosos e intemporales del profundo afecto, del respeto infantil, adolescente o juvenil en la vida real. Alguien que nunca en su vida podrá levantar ya el vuelo de aquella hospitalaria tribu del ayer lejano, a la que sólo pudo conocer e imaginar por directas y fidedignas referencias epigonales, y, cuando no —a su aire y falto de más— trató de percibir sus rastros, repasando siluetas amarilleadas por los años o confiando, a secas, en su bien hadada intuición de aprendiz de muchos quehaceres, aunque maestro, de verdad, en ninguno.

Ya que no quiero correr el riesgo de que se me malentienda, para que la ideas que vayan siendo propuestas tengan la requerida ilación discursiva, recurriré a la ayuda de un pensamiento prestado y, sobre él, edificaré mis propios argumentos y reflexiones, de suerte que, al amparo de lo grande y ajeno, se haga más hiladizo lo personal y parvo.

Henri Bergson, el seductor filósofo francés de pensamiento rapsódico y sutil, argüía con notable dosis lírica que «el tiempo es el yo que necesariamente fluye». Tengo para mí, que al olvidado pensador galo no le faltan apoyos irrefutables para dar por válido su aserto, bien que pueda pesarle a los que brujulean en el piélagos «engañoso» de la lógica y sus acerados sistemas. En puridad pensado, apenas somos poco más que eso, un pasar, un peregrinar, tratando de perseverar en perfiles o apariencias que llegan a convertirse en rasgos de una poseída, aunque inestable y voladora, identidad personal.

Traigo, ahora, a colación los interrogantes que, por el solo estímulo de un rayo de luz entrevisto en la tesis bergsoniana, me brotan en la mente con la rapidez y espontaneidad de la flora silvestre en los humedales: ¿Y si esa transeúnte verdad que admitimos *ad personam* se proyectase, también, sobre las cosas que vemos y que nos rodean? ¿y si el tiempo/vida que nos lleva fuese acaso el cómplice impune de nuestra propia cosmovisión? Tendríamos entonces que admitir la consumación evidente de hipótesis que buscan, acechantes, confirmar sus argumentos y el asunto se embalsamaría por fuerza de cierto aroma silogístico o, dicho de otra forma, la cuestión se tornaría palpitantemente metafísica.

Me figuro que algo de esto debe acontecer cuando, de alguna manera inexplicable, se fragua la reversible situación a menudo sentida, que a una realidad concreta y previa nos encadena, nos adhiere apasionadamente y de ella libamos su licor oculto, quedando a lo demás ajenos o punto menos que adormecidos; viceversa, ocurre asimismo que esa actitud quietista y ensimismada puede trocarse en su antípoda: la realidad nos galvaniza y la hacemos nuestra; mas la adquirimos para transformarla, para de

nuevo idearla en el hondón profundo de nuestra mente. Y aún así, habida cuenta del artificio añadido que hemos sobrepuesto, permaneceremos anclados en la convicción —tan frecuente— de que nada cambió, de que amar algo es hacerlo satélite de nuestro insobornable criterio, sin que en absoluto pesen las graves razones de la legitimidad. En el tema concreto que entre manos traemos, la legitimidad estética.

Formulemos las consideraciones como queramos formularlas, claramente advirtiendo que para movernos siempre en ámbitos especulativos de repercusión no más lejana que la doméstica, parece que toda realidad artística entraña un binomio natural e indisoluble que boga en idéntico navío y entrelaza sus elementos constitutivos, de suerte que valdría la pena hablar ya de una inseparable coyunda sensitiva: objeto admirado y espectador. Este último, bien *enajenado* por aquel o bien *re-creador* del mismo. Sin ánimo de extenderme más sobre este particular, prescindo a posta de la inacabable prole de afines y disímiles pareceres que, en este preciso trance, no me vienen al caso.

Si le otorgamos carta de asilo como aceptables a estas premisas, de inmediato cabe desarrollar los postulados que, al igual que ejes de firme amarre, permitirán pivotar sobre ellos las observaciones, los conceptos, las impresiones..., todo cuanto puede sobrevenir en empresa como a la que a la sazón me ocupa. Quizá el recurso utilizado, aunque de entrada luzca un poco su temeridad, logre, a la postre, ser válido instrumento en orden a los objetivos que se persiguen.

Volviendo con curiosidad párrafos atrás de esta evocadora singladura, justo al punto en que, con sus propias

palabras, os transmitía la desiderata del viejo maestro materializada ya en el convencimiento personal de que aquella Alhambra que él conoció, en la que vivió e inició ese martelo literario y científico al que ni aun en los últimos días de su vida marró, precisaba de ser descrita, ofrecida a quienes no saben o no han podido saber de ello. Volviendo a este punto, repito, quiero anticiparos que he de ir paso a paso, acampando aquí y acullá, al objeto de elaborar una visión de conjunto, cual si de la explicación de un *idearium* nómada se tratara, pero a sabiendas de que, aunque se exhausten mis esfuerzos y trabajo, no será el resultado nunca nada más que merodeos que, como venablos arrojados, rozan o adardean una verdad y —a veces, sólo a veces— hacen diana en su centro. Es como ir rescatando retazos perdidos de algo que fue: «Exactamente —advierte A. Muñoz Molina— así leemos las miradas y las vidas de otros, fragmentos en el tiempo de un álbum que nunca nos será dado completar».

Perdóneseme de antemano, si esta nómada incursión la hago a mi modo, puede que hasta con las alforjas llenas de falibles pareceres y con el natural apuro que me causa la inevitable distancia cronológica y la dolorosa orfandad de muchos, todos diría, de los protagonistas reales, próximos al maestro y a sus vivencias, a su palabra nunca hueca ni desprovista de una erudición y una sensibilidad parejas.

La idea bergsoniana de la *durée* del yo —convenientemente extrapolada— sirve de introducción idónea a ese punto de encuentro, en el tiempo, de García Gómez y la Alhambra. Corren los primeros días del otoño dorado y melancólico granadino de 1930, el jovencísimo catedrático de Arabe ha tomado posesión de su plaza en la Universidad y se apresta, con desbordada impaciencia, a visitar la Alhambra, subiendo las cuestas flanqueadas de los «árbo-

les altos» de silenciosa y amarilleante negrura. El esperado o, tal vez, subitáneo prodigio se produce: «Al visitar la Alhambra en sus camarines —nos refiere don Emilio—, se apoderó de mí no menor emoción que la de un provinciano francés al ser admitido en el hospitalario «boudoir» de una balzaquiana duquesa de Maufrigneuse». Esa sensación, gemela a la experimentada por tantos visitantes del pasado y del presente, deja enamorado, ya para siempre, al bisoño profesor. Imagino que con esa fuerza que provocan sólo ciertos ámbitos insólitos de extraordinario poder de fascinación, pues opina M. Yourcenar que «Existen en la tierra lugares tan bellos que uno quisiera estrechar contra su pecho».

Tras convenientes y favorables gestiones ante la Dirección General de Bellas Artes (entonces comandada por Gómez-Moreno), logra nuestro hombre instalarse —él dirá que jugando un poco a lo Washinton Irving— en las deshabitadas estancias del viejo convento, antiguo palacio nazarí, de San Francisco. Como podrá figurarse el más despistado, tal clase de hospedaje debió fraguar los prolegómenos de un cotidiano vivir la realidad soñada de los alcázares y contrastar su fiable perfección y arte, tan lejanos de aquellos pálidos e incompletos grabados de línea e iluminadas reproducciones, casi de tramoya o decoración teatrales, que entonces ilustraban los libros de arte y las guías turísticas. La experiencia era a todas luces única y, como hemos de ver, caló bien hondo en el tuétano de la desvelada sensibilidad de quien, quizá, esperara encontrar sólo el pintoresquismo provinciano de un rezagado y ruinoso orientalismo romántico de pacotilla.

Tenemos una evidencia, tenemos un punto de partida con que principiar los ensayos previstos de aproximación a los hechos, desde un tiempo alejado y distinto como lo es

el nuestro, el de hoy, erizado de prisas, prosaísmo, desconocimiento... En fin, nos hallamos en esa fase primígena e importa mucho trabar nexos de conocimiento con la posible situación del entorno alhambreño que apreció don Emilio en sus paseos, solitarios y ensimismados unos, cuando no en amable y sabia compañía otros.

En la época en que don Emilio llega a Granada, a su recién ganada cátedra, es en el preciso momento en que la insuperable labor de recuperación y restauración de la ciudadela palatina de la Asabika, por parte de Torres Balbás, alcanza su cota cimera y se halla su tarea ingente en las postrimerías gloriosas. Ni que decir tiene que el paisaje monumental había ya perdido el aura de forzado resabio orientalizante a que habían sido sometidos muchos de sus más principales recintos. Algunos como los Baños de Comares, tan abigarrados y extravagantes en la restauración de Contreras, que, como era de pensar, su factura original policroma nada semejaba a «los colorines, de bordado de traje taurino de luces [...] a base de purpurina y de un rabioso celeste al templo o a lo que fuere» que habían llegado a adquirir. Muchas —no todas, como aún hoy podemos observar— de estas desacertadas intervenciones de orientalismo de guardarropía, se encargó de subsanar la ciencia paciente y densa de don Leopoldo. Él mismo se lamentaba en un artículo suyo intitulado *Granada: la ciudad que desaparece*, a este tenor: «Lo que otras épocas dejaron en la ciudad era bello, señorial y magnífico [...]; las generaciones presentes no sólo han realizado en la población únicamente obras mezquinas y pretenciosas, sino que, declarando la guerra a la belleza del pasado, nos privaron de la contemplación de innumerables obras de arte». La distonía artístico-edilicia o administrativa, cual pueden constatar en palabras de don Leopoldo, no es, en exclusiva, cosa predicable del hoy día; parece que en

muchos momentos pasados de nuestra historia local, también cociéronse habas en calderadas, para infortunio de los ciudadanos amantes de su patrimonio común.

Pues bien, esta Alhambra renacida por ventura de una ocultación producto del abandono endémico y de la bien intencionada, aunque torpe, labor conservadora y arqueológica de algunos fue la que empezó a filtrarse sutilmente en los entresijos del alma porosa y sensitiva del flamante catedrático de Árabe. ¿Cómo no amar aquel mundo emergente del pasado, desperezándose aún entre el polvo adherido de los siglos y la espesa adiposidad de las construcciones parasitarias?. Edificaciones que dejó crecer, de manera caprichosamente desordenada, un extraño sino, casi de Fénix arqueológico diríase, que gobierna el devenir secular del monumento nazarí en su conjunto.

Debió ser para don Emilio espectáculo indescriptible la contemplación, en alguna medida cotidiana, del paulatino renacer de formas y elementos, vueltos de nuevo a la vida por la disección, cuidadosamente anatómica y sistemática, del más preclaro de todos los arqueólogos que en la Alhambra han sido, con el que ya había estrechado fuertes lazos de amistad y colaboración duraderos e incólumes, lógicamente, por una afinidad selectiva de caracteres nada corriente.

La estancia de cinco años (septiembre de 1930 - octubre de 1935) en Granada ejerciendo de capacitadísimo maestro en la Universidad y tertuliano imprescindible en los cenáculos culturales de más alto bordo, social e intelectualmente hablando, dejó una bien marcada impronta en el talante de García Gómez, creándole la dependencia filial con nuestra metrópoli a que, en más de una ocasión ha aludido realmente apasionado: «...mi amor por Grana-

da. Tan grande es, que muchas veces he pensado por qué si las ciudades dan a veces título de «hijo adoptivo», no lo van a recibir ellas el de «madre adoptiva. Granada lo es para mí». Sin comentario.

Con ese dulce sabor del recuerdo de la ciudad en general (de la Alhambra en especial) que le embarga, se marcha el joven y prestigioso arabista a Madrid, donde le aguardan importantes hitos de su *cursus honorum*: la cátedra de Asín Palacios —su maestro—, las Academias, la dirección de la Escuela de Estudios Árabes, la dirección de la revista *Al-Andalus*, etc.; sin embargo ocurrirá como reza el adagio, muy en uso, desde lo antiguo del tiempo, entre los beduinos y gentes de eremo: «Quien se adentra en el desierto, jamás volverá a ser lo que fue». También, quien ha penetrado en el mágico laberinto sensorial de la Alhambra no encuentra fácilmente el hilo de Ariadna que pueda conducirlo al exterior; pero es que tampoco lo desea. Tal es la cuestión y cierto que apenas sorprende; ¿es que —me pregunto— puede sorprender?... Don Emilio quedó perennemente fascinado de ese embrujo inefable y, con posterioridad —en persona o trasladándose con la mente—, en mil instantes, volverá siempre al «alcázar de las perlas» de sus días juveniles, porque como él mismo escribe: «Vivir, lo que se dice vivir en plenitud (me refiero a lo interno, no a lo que realmente se hace), sólo se vive cuando se es joven. Eso representó para mí la vida en Granada donde vi en verdad tantas cosas de campo que sólo conocía por los malos grabados de línea de los libros».

Continúa el fluir bergsoniano. En un momento dado, García Gómez siente la imperiosa necesidad de plasmar lo que en su interior «bulle». Como al principio hablamos, si recuerdan, el maestro quiere legarnos la perfumada esencia de *su* Alhambra, aromada por lo que de ella vive en él,

independiente del tiempo o, mejor acaso, encadenada e éste que no es cosa distinta de su yo, trashumante y pasajero en el medido marchar de los relojes. García Gómez, llevado de un precioso gesto de fidelidad hacia sí mismo y hacia sus entrañables compañeros de andadura, escribe el anteriormente mencionado libro, *Silla del Moro y Nuevas escenas Andaluzas*. Con el paso de algunos años, el horror centrípeto de la guerra civil se había empezado a disipar y, digamos, su ánimo herido por tantas trallas tenía necesidad de un lenitivo eficaz, poderoso. Con este libro de serena y deliciosa prosa (que más parece poesía del más lírico cuño) su autor refleja, no en espejos desvaídos, sino en pulidos azogues donde la vida riela con pálpito de asombrosa realidad, su visión del entorno. Retrata minuciosamente una Alhambra que parece alzarse sobre las bien compuestas páginas y recuperar su pulso, su vida propia, dejando de ser abandonado albergue que los jaramagos y murciélagos habitaban como propietarios únicos de su soledad y de su misterio.

La Alhambra que por las páginas de este libro se deja entrever es la que don Emilio pinta con la cumplida paleta de un artista de excepción. Ya no es sólo el atmósfera, además es el sentido, el instinto domeñado capaz de alertar lo venidero, valiéndose de símbolos. Pongamos por caso el relato que da la mitad del nombre al libro, «Silla del Moro», donde la penumbra avanza (él cita los versos de Federico: *La penumbra con pasos de elefante / empujaba las ramas y los troncos*) para negar el paisaje, para engullirlo en su oscuro seno. Capta y fija en las líneas de su escritura las varias reacciones de los personajes que aparecen en el texto —nominados unos, otros anónimos—, el colorido agonizante de verdes, amarillos, azules, rojizos..., los ecos de las voces, los lejanos cantos de las aves, ladridos ansiosos de los perros, todo lo que la tarde, en su avance demorado,

arrastra consigo hacia la negrura impenetrable de la noche anunciada. Quizá, equiparando aquí la penumbra o la tiniebla con el presagio de lo que, por norma inexorable, ha de sobrevenir: la noche como metáfora cabal de la muerte lenta de lo que amamos o admiramos, siempre en el plazo indefinido que le fija la vida, la propia vida.

El grupo de paseantes que acompañan al autor por los alrededores del Generalife se quedan galvanizados por el duende que merodea el paraje, consciente éste acaso de que días habrían de venir en que el peso del hormigón de una «modernidad» ilusa enterraría, despiadadamente, lo aleve y travieso de su magia. Oigamos, ya como si de algo que suena a lamento se tratase, las palabras de don Emilio: «En los intervalos de silencio se percibía ese rumor continuo que sube siempre de Granada, y que está tejido de risas lejanísimas y de llamadas infantiles. (En la Alhambra próxima, el frío crepúsculo movía los árboles como un traspunte que llamara a escena a los ruseñores.) [...]. Y nosotros allí, en la Silla del Moro, respirábamos todo aquel vaho informe que venía de la vieja ciudad: tristezas, locuras, manías, pecados, ensueños [...] Se nos metía por los poros todo el veneno de Granada».

Pero no es sólo eso, bien que lo sabéis sus lectores; no es sólo eso: hay algo más. El gran valor que encierra *Silla del Moro* y *Nuevas Escenas Andaluzas* estriba en la acertada conjunción de elementos cuya procedencia se relaciona con un todo asimilador de pluralidades y, así dispuesto este conjunto heterogéneo, lo traslada a la imaginación del lector, tal que fuese éste —como en el verso borgiano— el único espectador de aquella realidad virtual, de modo y manera que, si dejase de contemplarla, desaparecería al instante como por ensalmo, dejando no más que el polen de la materia que fueron. Quiere ser todo una documen-

tada constancia de hechos, una entrecogedura del tiempo, dolida, elegíaca.

Las imágenes evocadas con esmero plástico se van diluyendo bajo la especie de lejanas e imperecederas memorias, dejando paso a otras, y éstas a otras. Se traza un recorrido de moroso ritmo, intemporalmente descrito, como si no hubiese medio alternativo de lograr devolverlo todo al lector y acercarle la verdeante frescura de lo aprehensible, de lo vívidamente actualizado. Conforme a esta establecida pauta, vemos, sentimos, diríase que hasta oímos u olemos, los diversos parajes del cosmos, grieteado y hechizadoramente bermejeante, de una Alhambra amada y herida por los siglos. Nunca desecha sin embargo; nunca entregada. Airosamente alzada aún por las simetrías eternas de sus juegos geométricos, de sus lacerías infinitas o trepidante en los caleidoscópicos giros de sus cúpulas de mocárabe, tan vecinas del cielo: casi hermanas.

La armadura descolorida y hermosa, simbólica y herméctica del Salón de Comares, ¡qué irresistible atracción debió ejercer sobre el joven profesor! ¡cómo debió embelesarlo hasta el éxtasis o el arrobamiento! «¿Qué hay en la Torre de Comares —se pregunta García Gómez— que no existe en el resto de la Alhambra? ¿Qué extraño motivo, que no es sólo la riqueza del horizonte, produce esta inquietud?». Hoy, por malaventura, hemos perdido ya la posibilidad de contemplar, desde los ajimeces despejados de las alcobas, la nítida visión del horizonte próximo con las destartaladas cuadrículas blancas del Albaycín, a menudo alanceadas por el oscuro verdor de los cipreses y, luego, más allá, la lejanía de agrisados montes romos cuya desdibujada corcova se tiñe de oro en los ocasos. Del por qué de esta gratuita pérdida, mejor no hablar. Pongo en práctica, a propósito, un elocuente silencio y hasta el rigor que

me impone el familiar edulcorante de las buenas formas. Sobre todo, como ahora, si el marco y momento donde se tienen que encuadrar mis razones de discrepancia no son los adecuados.

Se ha perdido algo de lo que nuestro hombre disfrutó hasta el límite (si es que cabe pensar en un tope posible del gozo estético), pero, aunque entenebrecido y con la color desvencijada (por afortunado sino, no la tocó aún la mágica varita de los «restauradores»), el techo del Salón vibra aún con su estrellada alegoría de las gradaciones celestes, configuradas según preceptiva dogmática de la escatología islámica. Sigue siendo aquella región cordial de que habla la grácil epigrafía que don Emilio captó con la simple lectura de sus versos. Y no sólo la llamó *corazón* del Alcázar, cual reza en las cartelas poéticas de la alcoba central de la estancia, sino que, esgrimiendo una ingeniosísima hipérbole, la comparó, además, con un gigantesco cascabel al que prestan su retiñir los sonidos en vorágine que le llegan de afuera y, como desorientadas aves, aleatan sobre los desangrados atauriques de los muros. «Jaula fue, en efecto, la Torre de Comares —García Gómez *dixit*— del poderío musulmán que un día volara libre por toda la Península». Imposible mejor imagen para definir un ámbito tan quintaesenciado como aquel; digo inmejorable imagen, porque ¡cuánto es capaz de dibujar una idea aleada de plástica sensorial y de Historia con fundamento; ¡cuánto evidencia la certera apreciación de un genio literario para la síntesis!

Y, al igual que de ese epicentro alhambrense de transiti-va armonía que es el Comares de García Gómez (entiéndaseme, si hoy tuviese que escribir el sabio arabista sobre este lugar, tengo para mí que desecharía la idea o nunca su escritura podría parangonarse en sentido apasionamien-

to con la que ya ha sido. Bueno, es mera conjetura sin solapar avinagrados recelos), también, en el libro de don Emilio que traemos entre manos, se alude a otros ámbitos nazaríes y cristianos, incluso se teoriza acerca de temas estéticos y literarios, relaciones sociales incluidas. Entresaco, por su interés a nuestro propósito, las referencias al vetusto baluarte de Torres Bermejas, el Generalife y Palacio de Carlos V, el resto de lo escrito en las brillantes páginas del libro queda un poco relegado a los arrabales de mi intención analítica. La razonable poda se explica así, únicamente por las insalvables exigencias de una mesurada extensión.

Las páginas que García Gómez consagra al antiquísimo bastión del Mauror son un prodigio de denuncia, por supuesto benévola y soterraña, de ese hábito, en gran medida generalizado entre algunos sectores de la ciudadanía granadina de a pie, que suele consistir en reiterar, con impudicia manifiesta y cierto toque jocosos, su desconocimiento, si no total; sí parcial o muy escaso de la Alhambra. Acaso no haya otro paisanaje español que, en punto a esta deficiencia peculiar, supere al granadino espeso que hace gala de su desconocimiento patrimonial. No voy (no lo propicia la ocasión) a entrar aquí, en detalle de la parte alícuota, significativa ciertamente, que instituciones y responsables (irresponsables) de la cultura tienen en tan desahogada mostración de estulticia, ni tampoco en lo que esa falta de información básica acarrea cuando el ciudadano debe y puede participar en las gestiones patrimoniales, con actitud fundamentada y crítica. Eso sería otro cantar, y mi recital, como ya he insinuado antes, hoy tiene normas de limitación, no precisamente wagnerianas.

Volviendo a lo que iba diciendo, Don Emilio deriva hacia el factor sorpresa que causan aquellos bermejós prismas,

achatados por el roce áspero de los siglos, en el espectador situado «a la otra orilla» del barranco de la Asabika, en el jardín de los Adarves de la Alcazaba. Claro está, le se sorprende la visión de aquel recinto, le parece un espejismo de esa otra Alhambra que pisa en la realidad o, cuando menos, una inusitada prolongación de la misma. En efecto, hay algo que separa, que aparta —sin solución de continuidad— los dos conjuntos monumentales. Algo que previve aún en los tiempos que corren y que, por fuerza, relega al olvido o a la ocultación una parte apreciable, cargada de historia y de interrogantes, de la arquitectura castrense alhambrena.

Tampoco, en esta visión nómada de los textos de García Gómez que vengo pergeñando, me resisto, ahora que estamos en harina de asunto interesante, a reproducir una hipotética charla entre el corregidor granadino a la sazón y nuestro autor, mencionada en este apartado en que estamos detenidos: «Le dices al alcalde: «Por qué no rescatáis eso? Es una vergüenza.» «Está así desde el siglo XVIII. Es muy difícil. Hay que buscar otro edificio para dárselo al ramo de Guerra.» Pasa junto a nosotros la gentil alcaldesa con una bandeja de pastas. «¿De qué hablabais?», nos pregunta. «De nada —le contesta el alcalde—; hablábamos de Torres Bermejas». Ahora, salido ya de la cita, yo os pregunto, al paso: ¿podríase contestar hoy día de forma que no fuese, necesariamente, análoga? Añado: ¿por qué, Señor, por qué?

Si recuerdan, la clave para coordinar estas beduinas razias al argumento central del discurso era la idea bergsoniana del *yo* como un fluido del tiempo y su proyección sobre las cosas, sobre el entorno. A la sazón, parece que ese discurrir de los días más fuese obediente al estatismo parmenídeo que a la dinámica evolutiva heraclíteo, tan

cara al planteamiento del filósofo francés. Don Emilio con su *ego* embalsamado de aires granadinos se ha ido al otro mundo sin saber el destino definitivo de estas rojas atalayas. Ya lo decía él hace ahora casi medio siglo: «Hay en Granada un palacio misterioso. Todo el mundo habla de él y nadie lo ha visto. Tiene un precioso nombre: Torres Bermejas». Es cosa de paciencia, quizá el siglo venidero, el milenio que aguarda impaciente, le dé destino tan romántico y sugestivo como el de unas dependencias administrativas o, quizá, un foro de debate pedagógico, eso sí, previamente habrá de adobársele al conjunto con alguna pillería en hormigón brutalista tan inherente a lo que ya suena como «la Alhambra del siglo XXI». Haciendo un esfuerzo que agradezco de antemano, ¿imaginan Vds. algo parecido que aconteciese en la Acrópolis ateniense o en el Taj Mahal de Agra, por poner sólo dos ejemplos asequibles?

Pasando a otra cosa. Interesa convenir en que platicar de sobre temas de arte islámico y, más concretamente, temas alhambrenos, como sobre los que venimos bregando, reclama que, imprescindiblemente, haga alusión a los jardines, a esos diminutos y cerrados paraísos domésticos, metáforas tangibles y perfumadas del prometido Edén musulmán. Y, claro, cómo no detener brevemente la imaginaria cabalgada sobre el Generalife. Ya en la entraña del topónimo mismo late la imagen de vergel celeste (en árabe, *yanna*, pl. *yinān*), y a esa similitud metafórica aspiraron sus constructores, desde muy remotas fechas.

García Gómez en *Silla del Moro* deja volar su pluma largamente con un especial lirismo quizá sugerido por la propia materia abordada. Recrea personajes salidos de sumergido mundo de la *pantasma*: Boabdil y su anciano visir Abencomixa, y los traslada a la Alhambra de este siglo (quiero decir a la de los años en que el autor escri-

bía). Divagan los dos imaginarios personajes desolados y nostálgicos, también un poco como si el tiempo no contase, o lo hiciese muy alejado de su realidad. Finalmente el Rey Chico, rendido ante la evidencia de su aislamiento, pregunta a su visir: «Dime, mi fiel confidente Abencomixa: ¿qué nos queda?» y éste le responde, tras oír los cantos o, mejor, los ecos de los cantos de pájaros nocturnos, los imperceptibles diálogos de amarteladas parejas noctámbulas, y los lejanos acordes de músicas susurradas por bocas que la luna, con su brillo pálido, hacía, parecer de plata; sonidos todos que acudían a su oído desde el vecino Generalife: «Muley nos quedan los jardines».

Imagináos, quienes me oís, que lo que más vivo prevalece, junto a los deshabitadas estancias de los palacios —perdida la color y enmudecido su bullicio de antaño—, los pasillos de ronda, y las troneras, y las almenas sin «aturbantada» soldadesca al aguardo, son los jardines; bueno, lo que queda de una originaria disposición evolucionada hacia estilos foráneos —italianizantes o afrancesados—, o «reorientalizada» con dudoso gusto y extraordinaria desinformación de lo que los tratados de geopónica andalusíes (de inmediato, viene a mentes el nazarí Ben Luyún) enseñan. Pero, pese a tantos avatares, ahí están y cuesta trabajo ejercer acerada crítica cuando de plantas y flores de embriagador perfume se trata. Diríase que nos detiene la contemplación de la belleza intrínseca de la naturaleza y pasa a segundo plano todo argumento de erudición libresca. Además qué decir si a esta mixtura de colores y aromas se agrega la incomparable música de los surtidores y regatos, aquellos que inspiraran a Falla la primera parte de su *suite* «Noches en los Jardines de España».

Pero sigue vigente el bergsoniano fluir del tiempo, y don Emilio constata con estas palabras el devenir: «Han

pasado más de cuatro siglos. No podemos seguir todas las etapas intermedias, y hemos de contentarnos con la inicial y la final. El caso es que el Generalife no es ya un jardín vivido, sino un jardín que se visita. Nadie puede sentarse como dueño ya a ensoñar en los pabellones». ¿Serán, acaso, radicales en exceso estas digresiones? Pienso que, en el mejor de los casos, no; y si no volvámoslo a oír a don Emilio: «Cuando al anochecer se cierra a nuestras espaldas la verja del Generalife, se diría que el ángel de la espada de fuego vuelve a expulsarnos del edén de nuestros mayores». Sin ánimo, en absoluto, de predisposición de pareceres por mi parte, pregunto; sólo pregunto, sin esperar su respuesta (Cada cual contéstese en el personal e intransferible almarío de su alma): ¿Qué puede experimentar la sensibilidad del visitante cuando ya no atraviesa la decimonónica verja romántica para salir del ensueño, sino otros «ingeniosos» alardes de la modernidad; vamos, ¡qué digo!, de la posmodernidad? Me abstengo de glosa alguna al respecto. Háganla, los invito, Vds. mismos si lo consideran adecuado. Lleven a cabo la experiencia, por favor, de, tras recorrer lentamente el prodigioso camino entre cipreses que inmortalizara el pincel de M. Ángeles Ortiz, salir a los Aparcamientos atravesando los paramentos, recientemente construidos, que dan acceso al Generalife. Luego, sin tener en cuenta mis razones, ni las más autorizadas de García Gómez (me reservo la opinión que, en privado, me dio, cuando tuvo conocimiento de ciertas primicias del proyecto llevado a cabo) opinen, al fin y a la postre eso es lo que cuenta.

Entre la variadísima gama de parajes que conforman la Alhambra de Emilio García Gómez, no podía faltar el que resulta de un extraño proceso de colonización estética, artística, etc.; no sé, como queramos llamarle. Un «lugar de encuentro», si nos vale este rebuscado y hasta cursi

epíteto. Se trata del Palacio de Carlos V o, más propiamente, de su patio circular. En aquel entonces, sin la cubierta de su galería superior. Para el sabio arabista no existe una coyuntura posible que, de algún modo y manera, explicase ese «desequilibrio» alhambrense que supone la inserción del lenguaje, majestuosamente cesáreo de la fábrica renacentista, en la trama, delicadamente femenina y compleja de la construcción islámica. Para el maestro, nunca fue este metafórico «desposorio» una alianza bien avenida. La soberbia belleza de los cónyuges y la regia estirpe de ambos parece que nunca fue garantía más que de un desapasionado convivir y de un elegante sobrellverse, sin ningún género perspectivas esperanzadoras.

Se puede diferir de lo anteriormente dicho. Aunque sobre gustos hay mucho, muchísimo escrito desde la Antigüedad, el criterio estético ha de ser libre. Pero ahora, en el tiempo presente, el palacio ya no es lo que fue o quiso ser en su génesis. El paso de sucesivas intervenciones lo ha ido transformando, al menos en lo que afecta a su interior. Las fachadas, por sorprendente contrario, no tentaron nunca demasiado la sed de *completar* de los restauradores. Eso ganamos. Dice C. Brandi: «Lo añadido puede *completar*, o ampliar, sobre todo en una arquitectura, funciones diferentes de las iniciales; con el añadido no se recalca, sino más bien se desarrolla o se injerta».

No obstante, en la distribución y usos de los espacios circundantes al inmenso ojo de cíclope del patio del palacio las cosas han ido por otro camino y, a veces, por trochas en la que es fácil embarrar las ideas, inclusive las más conspicuas. Personalmente creo que la idea cesárea tiene un sentido político, si queremos oportunista, pero que permite, como en muy pocos otros lugares de Europa, establecer un diálogo de conceptos, de sensibilidades, de

experiencias Oriente-Occidente realmente apasionante y enriquecedor. La Historia no camina por un territorio felizmente terminado por generación alguna, sino que es el testimonio desprotegido de que seguimos andando a la intemperie del ayer. Lo importante es dar en la andadura el paso medido y seguro, no el traspié.

En resumen, por los motivos que fueren (él da cumplida justificación a algunos) a don Emilio nunca le satisfizo en demasía la imagen simbólica de lo que d'Ors llamó, aludiendo al palacio, el hierro a fuego que imprimió el anca femenina y elegíaca de la Alhambra mora, para hacerla suya, para erigirse en su dueño. Tampoco le complacía el uso festivo, como pueden apreciar antiguo, que al coso imperial se le daba para conciertos, justas poéticas y verbenas o saraos semejantes.

Asimismo, volviendo al asunto del encuadre y ubicación del palacio, podemos aseverar que el insigne arabista no gustaba mucho de los mejunjes constructivos, ni aun cuando estuviesen elaborados con ingredientes excelsos. Pero sobre todo detestaba las componendas y los circunloquios artificiosos de los arquitectos coyunturalmente aprovechados, y hasta con candorosa buena fe. Lo dice con rotundidad: «Hay algo más penetrante que la melancolía por las ruina de las cosas que han sido, y es la melancolía por la ruina de las cosas que no han podido ser».

Sigue la imagen bergsoniana del fluir del yo/tiempo. La impronta de Granada y de la Alhambra en el alma de García Gómez es de tan hondo calado que, al margen de otra labor suya, docente o investigadora, siempre regresa a su ciudad ideal, ocupándose de temas que más que tangencialmente la afectan, bien sea en su historia política musulmana o bien en su siempre fascinante Alhambra.

El libro que nos va a ocupar de inmediato reúne en su contenido igual medida de una y otra temática. Se trata del discurso leído ante la Real Academia de la Historia, en el acto de su recepción pública el día 3 de febrero de 1943, intitulado: *Ibn Zamrak, el poeta de la Alhambra (Siglo XIV)*.

En esta espléndida biografía —puede que una de las mejores que nunca haya escrito la erudición moderna acerca de un personaje nazarí— se deja ver con meridiana claridad la importante función que la poesía ejerció en el papel social y político de una parte, y en la labor de los arquitectos musulmanes que trazaron y edificaron el Alcázar, sede del poder de los sultanes granadinos, de otra. Don Emilio, a partir de la figura de este singular poeta de azarosa vida dramática y poesía magistralmente elaborada —en ocasiones, con refinamientos sofisticados en la metáfora y vocabulario clasicista del más fino cuño— se aproxima al que luego será uno de sus grandes logros como arabista: el dominio indiscutible de la poesía parietal Alhambrena, dispersa no sólo ya en los muros de estancias y patios, sino, también, en los bordes marmóreos de los tazones de las fuentes y en los arrocabes de madera de las embocaduras de las puertas. Él ha sabido, sin competencia posible, dar con el sentido de los versos, aun los más logarítmicamente complejos, de las cartelas poéticas de la Alhambra, y verterlos en un castellano purísimo, ya en versos blancos, ya en inigualables endecasílabos que, ocasionalmente, trasladan incluso el ritmo del poema árabe con su repetitivo son melódico.

En el capítulo cuarto de este libro sobre la vida y obra de Ben Samrak, García Gómez entra de lleno en la problemática de la poesía epigráfica, y la *liaison* de ésta con otras artes menores u oficios; así como el decisivo papel que juega en la arquitectura que pudiésemos denominar

«parlante», pues los espacios, a modo de recipientes donde se instalan los textos poéticos convenientemente tratados por el genio de poetas y la habilidad de los artífices, se distribuyen con armoniosa cadencia y semejan la voz petrificada de los muros, de los distintos ámbitos en general, que alaban al Dios único, bendicen al soberano constructor o destilan lirismo refinadamente preciosista, bello cual muy pocos en toda la historia de la Literatura árabe. Un caso único, una singularidad propia de los palacios nazaríes, de incalculable valor a escala de lo que pueda ser el estudio de las funciones áulicas y su marco arquitectónico.

Enlazando con lo que apenas acabo de decir, traeré aquí a colación una de las dos capitales obras sobre la Alhambra, su Alhambra, que son algo así como una despedida, un adiós levemente anticipado y definitivo a aquel mundo que fue suyo y del que, sin lisonja por mi parte (no tendría sentido) y sí haciéndole justicia, puedo decir, que él contribuyó a rescatar del empolvado olvido decimonónico —autista e indiferente a la Historia— y difundirlo mundialmente, en tal medida, que nunca esta ciudad terminará de saldar la deuda de gratitud contraída con el sabio maestro del arabismo español.

La primera de estas obras a que acabo de referirme es: *Poemas árabes en los muros y fuentes de la Alhambra*, publicada, en su primera edición, en 1985. Diez años antes de su fallecimiento. Es, en esencia, el resultado de una labor de más de cincuenta años, iniciada en sus primeros tiempos granadinos y enriquecida con las adiciones y retoques posteriores. El no haber publicado antes este libro, tan tempranamente concebido, se debió, según hace constar el propio autor en la Advertencia inicial, a complicaciones de su vida, aunque siempre anduvo latente su preocupa-

ción y su inquietud por la poesía epigráfica de la Alhambra, «y asomaba con frecuencia en ensayos, libros y prólogos».

Acerca de la intención de este libro —básico para el conocimiento de un género poético muy particular— nos dice el propio don Emilio que: «... no se trata de describir la Alhambra ni de abordar su bibliografía, que sería hablar de la mar. He querido sólo evocar el marco de mi estudio en alguna de sus características.

El Palacio Rojo tiene quizá antecedentes, pero no consiguientes notorios [...]. La Alhambra, que por fortuna nuestra pervive, es una culminación parada en el tiempo. Y en muchos aspectos se trata de un caso único». Las palabras del maestro son suficientemente elocuentes y explican claramente su personal visión sobre la tarea llevada a cabo. Considera a la Alhambra el más bello y único «álbum poético» de semejante fuste y trata de desentrañar, mediante las ediciones y traducciones de los poemas, su médula. Pero su trabajo no se limita a una labor científica y erudita al uso, respetable por otra parte, sino que él traduce desde la perspectiva del artista, traduce con lo que llamaría J. Guillén, el «lenguaje de lo inefable»: una auténtica mística de la versión, del traslado textual. Y esto es lo que se echa a faltar en gran parte de la numerosa pléyade de los traductores de la epigrafía alhambrena. Don Emilio no se pierde por el vericuelo enrevesado y prescindible de las descripciones y sesgos caligráficos, los dibujos de los epígrafes o las láminas ilustrativas, que nada sustancioso aportan al núcleo de la problemática cuestión. García Gómez traduce simplemente..., pero, ay, cómo traduce. Traduce lo que parece no poder ser recuperado, aquello inexorablemente condenado a despeñarse de la mesa del trujamán y perderse en el limbo de las palabras nunca usadas. Domeña las dificultades de la lengua árabe y deja con holgura escaparse

todas las irisaciones de los conceptos, aun de las voces más herméticas o polisémicas. Y pese a que pueda no parecerlo, cuenta mucho en esto el bagaje de lo vivido por el traductor, su larga experiencia inmerso en el mundo sutil de la Alhambra, las frecuentes catarsis de su vocación literaria nunca extinta, sólo y en escasa medida «ahogada, probablemente con razón, bajo el peso de las Facultades de Letras», como acostumbraba a decir.

Ante lo que otros se descalabraron, desistieron o sacaron flaco partido, este «hijo de la Alhambra» alcanzó el más crecido acierto, la más diáfana interpretación y, por encima de todo, la más vívida y auténtica lección de proximidad a la realidad estética de los Nazaríes, lo que únicamente cabía esperar de quien hizo de la Colina Roja «su patria chica y hacia la patria grande».

La otra gran obra y última, con la Alhambra como telón de fondo, a que hice alusión antes es: *Foco de antigua luz sobre la Alhambra, desde un texto de Ibn al-Jatib en 1362* (publicada en primera edición en 1988). La más polémica y, por ende apasionante. Digo polémica porque, expresamente, en sus páginas se invita a la discusión. Otra cosa fue lo sobrevenido después que, al ser lamentable y nada aleccionador para nadie, obviaré con esa mirada resignada con que tantas y tantas veces pasamos por alto lo que no es debate, sino trifulca o enfrentamiento. Queden los flecos de lo enojoso para quienes tupen la razón o son amigos de la insidia. Hago mía, por el momento, la máxima piadosa: *De mortuis nihil nisi bonum*.

Por vez primera y en este libro se nos describe un acontecimiento solemne en la Alhambra de mano de su visir y gran polígrafo Ben al-Jatib. Es un texto precioso e inusitado en medio del silencio referencial que gravita sobre

todo lo atinente a la vida interna o a la mera descripción topográfica de los alcázares nazaríes. En este sentido, el descubrimiento y explanación analítica del texto árabe llevados a cabo por don Emilio son de una importancia capital para los estudiosos del tema y van a provocar, sin duda, ríos de tinta a lo largo de mucho tiempo, dada la precariedad y penuria documental de que se dispone hasta el presente.

Sin embargo, en la páginas de esta admirable obra se desliza, a mi parecer y al de otros, un error de cierto bulto: el foco de luz rutilante tuvo un breve parpadeo. Apoyado en datos que suministra Ben al-Jatib y otra documentación, don Emilio elabora una teoría acerca de la situación de la fachada de Comares que tiene poco apoyo en buena lógica de valoración científica y arqueológica. No obstante yo creo con Cicerón que: *Non enim omnis error stultitia dicenda est* (No todo error debe calificarse de necedad). Las páginas que puedan ser erráticas de este libro, nos han enseñado mucho, nos han hecho mucho pensar, verificar, profundizar. En suma, nos han servido para replantear cuestiones relegadas u olvidadas que representan auténticos soportes de futuras teorías. Así que: ¡bendito error! Lo decían las viejas tradiciones rabínicas: «La lengua de los sabios es como el agujón». Y no pequeña ha sido en esta ocasión la agujonada. García Gómez, incluso con sus desaciertos, sigue en la potestad de su magisterio. Pienso, a veces, si no pretendió don Emilio despertarnos, como a los siete durmientes de Éfeso, con el restallar de este latigazo efectista y deslumbrante. Cosa quizá no desaminada parece mi sospecha.

Un poco yendo, por mi lado, en busca del final de esta intervención, quisiera dejar constancia de que mi recurso bergsonianiano ha valido de algo. El yo fluyente del gran

arabista fue mostrando su cerrado sentimiento a través de la palabra y de la escritura. ¡Cuánto le debemos y cómo nos enseñó! A partir de García Gómez la Alhambra es y será otra. No ya lugar de endriagos y moros encantados (de innegable belleza para románticos y afines), sino lugar abierto de transferible magia y posible acceso a su interior, sin otra cautela que la del estudio. Aquella Alhambra que también —¡y en qué medida!— contribuyó a rescatar la sabiduría de su arquitecto conservador, don Leopoldo Torres Balbás.

Aquellos parajes que debieron preservarse con denuedo de cualesquiera agresión, pues allí se hallaban representadas las inquietudes de ambos (don Emilio y don Leopoldo), sus aspiraciones, siempre fieles y respetuosas con el progreso y la decadencia de sus primitivos constructores. Hicieron que el monumento interesase, mas también el depósito de las esencias históricas acumuladas en él y ese disecado aire de mágica envoltura que siempre (?) campeará, como oriflama inarriable, por el cielo alto de la Colina Roja.

Y, ahora que voy a terminar de inmediato, podríais preguntarme con natural curiosidad: ¿Qué Alhambra es esa de Torres Balbás y de García Gómez que comienza a desaparecer? Bien. Os contestaré muy brevemente, pero que sepáis que la narración sería larga, muy larga y atractiva. Fue una Alhambra mantenida y sostenida por, como dijo García Gómez en un discurso ante el Aga Khan, en el Patio de la Alberca, en 1986, «la más adhesiva fuerza que radica en los seres humanos. La ha conservado el amor». Un amor que no permitiría desafueros ni engaños ni atropellos; que preservaría a ella y a su entorno, de construcciones parasitarias, ortopedias arquitectónicas que a menudo, abochornadas, tienen que parapetarse entre el verde de las plantas trepadoras —¡gran solución y pana-

cea de quien no sabe hacer!—; y hasta puede que ni siquiera abochornadas, sino jugando con el verde a posta, con el verde de la envidia, infantil y zoquete, de no haber podido asimilarse o competir con lo antiguo ni en lo que pueda caber en medio celemín.

Por todo lo anteriormente dicho he venido hoy a hablaros y, con vuestra venia, a utilizar la metáfora como medio menos agrio, más cortés de disentir y de explicarme. ¿Habrá valido la pena? En el peor de los casos, cuando menos, he rendido, una vez más, tributo a mi gran amigo muerto, a mi maestro a distancia que reposa en los, otrora, llamados Alixares, su nobiliario señorío. Espera allí la llamada del Señor del Trono, ignorante ya de que por el Dauro de Granada no reman los suspiros ni la ciudad es aquella «corza rosa por la veletas» que inmortalizó su entrañable Federico García Lorca.

Muchas gracias.

CONTESTACIÓN

del

ILMO. SR. DON IGNACIO HENARES CUÉLLAR

Excmo. Sr. Presidente,
Sra. y Sres. Académicos,
Sras. y Sres.:

Nos reúnen hoy, por una parte, la memoria del hombre ejemplar y sabio que fuera el P. Cabanelas, una constante y fecunda influencia compartida por Emilio y por mí, y por otra la común pasión por las Humanidades y la Estética. Sin lugar a dudas en este fin de siglo profuso y desconcertado sería difícil hallar ámbitos para semejante encuentro, evocación y profesión de fe como el que proporciona la Academia granadina, que permanece fiel a la voluntad ilustrada de tutelar y fomentar la creación y el gusto artísticos; si carente de medios materiales sí, en cambio, firme en el espíritu y el sagrado deber de ejemplaridad.

Por todo ello en el día de hoy debemos felicitarnos tanto los corporativos como la sociedad que ha depositado en la institución secular su mandato, no siempre bien comprendido ni suficientemente estimado, por el enriquecimiento objetivo que significa la incorporación a las tareas académicas de un universitario dotado de capacidad y

valores inequívocos tanto en el campo del pensamiento crítico como en el del gusto.

En la conciencia pública de esta ciudad la imagen de Emilio de Santiago es la de un *dilettante*, una figura adornada por virtudes extraordinarias de finura intelectual y espiritual cuyo reconocimiento ha trascendido el ámbito más inmediato.

Pero el gusto y la pasión estética están rigurosamente regidos por un pensamiento crítico que se nutre de un modelo teórico de muy precisos valores científicos. El Prof. de Santiago está marcado por una profunda vocación, originada en una sentida e intensa admiración por el intelectual modélico que fuera Don Emilio García Gómez en la infancia del nuevo académico, guiada con ternura y sabiduría por Joaquina Eguaras, y sólidamente confirmada en sus años universitarios junto a los Profesores Seco de Lucena, Bosch Vilá, Cabanelas o Díaz García. Su personalidad científica se hizo presente desde su temprana incorporación a la docencia y la investigación universitarias, que proporcionaron a la Universidad granadina un joven, serio y exigente enseñante de la Historia del Islam, un ámbito en el que había de consolidarse como un investigador creativo, que conjugaba los instrumentos de la filología, la historiografía, la filosofía de la cultura y la estética. Todo lo que se corresponde con una concepción profundamente unitaria y humanista de los saberes filológicos e históricos. Por ello este esencial historiador de la cultura islámica se ha preocupado de investigar problemas que se refieren a los aspectos más complejos de la sociedad y el pensamiento de Al-Andalus, la historiografía o la espiritualidad, la profunda vinculación entre la estética y la religiosidad o la inseparable dependencia de arquitectura y poesía. Alientan detrás de esta experiencia investigado-

ra, como claramente puede percibirse, la inequívoca ejemplaridad y el claro modelo de Ilustración representado por el magisterio de don Emilio García Gómez, que Emilio de Santiago continúa, vitaliza y difunde con pasión moral y sensibilidad estética inextinguibles, haciendo de la Cátedra universitaria, que con el nombre del inolvidable maestro dirige, sagrado y lugar de cultivo de una memoria que identifica entre nosotros lo más elevado de la inteligencia y el saber crítico.

Precisamente una sensibilidad proustiana anima el bello discurso con que Emilio de Santiago ha correspondido a la Corporación, pero al tratarse de la reflexión de un historiador la memoria se inviste de una esencial cualidad cultural e histórica, que hace de sus palabras un homenaje intelectual a la mejor crítica y una reflexión imprescindible para el futuro de nuestra cultura.

Emilio de Santiago sorprende en su discurso un momento ideal de la apreciación y el conocimiento histórico de la Alhambra. Verdadera culminación de las instituciones, la ciencia y la estética de la Ilustración y el Romanticismo, de la amplia literatura de académicos ilustrados, viajeros de todos los orígenes y arqueólogos románticos, la de Torres Balbás y García Gómez inaugura la visión crítica, comprensiva y moderna de Alcázares y Palacios nazaríes. Contiene la pasión cultural y el racionalismo arquitectónico de Hermosilla y Arnal, la intensidad estética y la cualidad utópica de Chateaubriand o Irving, la conciencia historicista y el sincero patriotismo de los arqueólogos decimonónicos, su venerable acción por encima de contradicciones, tanteos y actos fallidos, pero ante todo representa un momento excepcional de sociedad y conocimiento científico, el solo capaz de devolver la preciosa voz poética al conjunto medieval y alumbrar una interpreta-

ción substantiva y crítica de sus valores arquitectónicos. Don Emilio y don Leopoldo constituyen la expresión de un pensamiento de auténtica ilustración, el de la cultura de preguerra, que no ha dejado de iluminar el presente siglo en ningún momento y en todos los ámbitos del saber. La sabiduría se erigió en norte de la vida colectiva y máxima aspiración de la juventud, y aunque un viento trágico agostara momentáneamente aquella primavera de ilustración y ciencia y dispersara a sus hombres nunca se extinguió su cualidad y ejemplo. Auténtica *mathesis*, unión humanista de todos los saberes, es gracias a los talentos de la alta filología árabe y la crítica poética de don Emilio García Gómez, por una parte, y a la modernidad arquitectónica e histórica de don Leopoldo Torres Balbás, de otra, como se acierta a desprender el conocimiento crítico de la Alhambra del prejuicio secular, aunque éste constituya una hermosa tradición de sensibilidad, poesía e historia, hacia la que, por otro lado, siempre demostrarán las nuevas generaciones crítica y apreciación y amplitud valorativa, como prueban los textos *Silla del Moro* de don Emilio García Gómez.

La nueva actitud hermenéutica reintegraba en la filosofía de la cultura y la historia artística el último y cualificado episodio histórico y cultural del Islam peninsular, más allá de los límites filosófico-culturales de la consideración exótica o hedonista. Al mismo tiempo que reintegraba en su realidad histórica el emirato, iniciando un proceso crítico que ha desvanecido la visión crepuscular y decadente transmitida por la historiografía ochocentista, para mostrar la actividad de su economía, la extensión y diversidad de sus intercambios y relaciones políticas, su intensa espiritualidad y su pujanza cultural, proporcionaba las claves para la comprensión de un fenómeno estético capaz de sorprender por su excepcionalidad de modo constante a hombres de todos los lugares, culturas y tiempos.

Pero por encima de los datos de sensibilidad, de la apreciación de juicios de naturaleza fenoménica se imponía alcanzar la verdadera substancia de una cultura que constituye puente, nexa imprescindible entre civilizaciones y épocas.

Ello exigía dotes únicas de talento crítico y gusto que reunidas en la persona de don Emilio García Gómez devolvieron la elocuencia a la poética epigráfica de la Alhambra, y con ella propiciaron la clara conciencia de los altos ideales políticos, religiosos, literarios y sentimentales que hicieran posible y se objetivizaran en el sorprendente patrimonio alhambrense. Las claves de un arte que en lo arquitectónico muestra una admirable propiedad en relación con las técnicas y métodos constructivos occidentales, donde el arquitecto cede ante el único y privilegiado arte del Libro y la caligrafía, que inspiran un programa en el que mediante la abstracción geométrica, el ataurique o la epigrafía se hacen presentes las grandes verdades del Corán y la Sunna dentro de los espacios públicos, de marcada significación político-religiosa, o incluso en la intimidad del sultán y la familia real, donde también tendrá lugar propio la historia de la dinastía contada de manera interesada en bellos textos epigráficos o una literatura lírico-moral para edificación de príncipes. La estética nazarí, desde la definitiva iluminación de don Emilio y su estela crítica, en la que se encontrarían dos personalidades reunidas en recuerdo y presencia por este acto, como son el P. Cabanelas y Emilio de Santiago, constituye un hecho complejo que reclama el análisis interdependiente de lo literario, lo artístico y lo religioso, porque integra la voluntad política de los sultanes, una exigente espiritualidad y una alta inspiración poética, la de creadores como Ibn al-Yayyab, Ibn al-Jatib o Ibn Zamrak, que animaron el quehacer de epigrafistas y anónimos artesanos para alumbrar una gloria y un valor artístico que no se extinguen.

Este es el universo en que se han movido el pensamiento y la acción de Emilio de Santiago, que, sin embargo, seguidor de las tesis históricas de Assunto o Starobinski no ignora, como su discurso confirma hoy, otros procesos y problemas críticos, por lo que su análisis del modelo teórico ideal de la Alhambra, como no había de ser menos, quedaría incompleto sin la valoración de la personalidad y obra de don Leopoldo Torres Balbás, cuya estatura intelectual y moral le convierten en el más permanente de los referentes en lo que respecta al conocimiento de la arquitectura y la arqueología alhambrenas y al espíritu y la metodología de su conservación. Rara vez se dan reunidas en forma tan varia y perfecta las competencias requeridas por la moderna tutela del Patrimonio histórico. Don Leopoldo, en efecto, participó del profundo, crítico, avanzado y patriótico criterio historiográfico y arqueológico desarrollado en el ámbito del Centro de Estudios Históricos, como arquitecto se formó en los ideales del Movimiento Moderno, y dentro de las corrientes renovadoras de la arquitectura impulsó las tesis de la conservación crítica entre nosotros. No podría La Alhambra, tras siglos de historia desigual y avatares de signo muy distinto, haber hallado una más ilustrada compañía en el inicio del tránsito hacia la moderna conservación, cuya acción tutelar nunca cede en la estima y la valoración paradigmática. Quien les habla fue formado en ellas por un hombre sabio y ejemplar, don Jesús Bermúdez, académico ya desaparecido, continuador apasionado de la obra de don Leopoldo en todo momento, y cuyo recuerdo entre los valedores de la Alhambra es hoy de plena justicia.

El tercer gran referente del discurso de Emilio de Santiago, el del poeta García Lorca, completa el cuadro de una época áurea de la sensibilidad y la cultura, y demuestra la pluralidad de registros que hicieron posible la visión moderna de la Alhambra. Sensible a la poesía y el arte

islámicos, Federico fue un debelador incansable de prejuicios y estereotipos críticos, alerta ante la amenaza de un pseudoesteticismo provinciano y conservador que enredaba en un caldo ideológico de bajísimo rango cultural. Pero la prevención hacia don Alhambro no excluye una alta conciencia estética, inseparable de la percepción crítica en el poeta, que es la que valora Emilio como un constituyente imprescindible en los modelos de valoración y conservación del patrimonio alhambrense.

Estas son las ideas que integran el pensamiento del nuevo académico. Universitario, hombre de cultura y elegante *connaisseur*; su personalidad viene a enriquecer la institución, su fe en el ideario que representa el modelo glosado por el discurso hace que su figura resulte esencial en el debate cultural de nuestro tiempo sobre la ciudad y su patrimonio. Sus palabras prueban que la ejemplaridad no prescribe, que el intelectual representado por la tríada de humanistas es también un modelo elevado para la acción, y finalmente que la conservación del patrimonio no es sólo un proceso de naturaleza técnica o político-administrativa sino ante todo, y esencialmente, un problema de conocimiento, de cultura y de sensibilidades individual y colectiva.

No quiero concluir sin mencionar un aspecto que, sin la menor duda, va a hacer concurrir a este acto académico a un sinnúmero de granadinas y granadinos preocupados por la cultura, pero sobre todo deudores de Emilio de Santiago, beneficiarios diversos de un bien moral que el nuevo académico ha prodigado generosamente, la amistad, constantemente cultivada, en un sentido plenamente ciceroniano diría yo, por quien ha sido capaz de atesorar conocimiento y gusto en unión de una afectividad, una lealtad y una ternura inequívocas.

Ignacio Henares Cuéllar